

El onanismo como una de las bellas artes

María Rosal

Barcelona 11 diciembre 2004

No pocas reflexiones y algunos versos llevo dedicados en los últimos años a analizar el hecho de escribir, el porqué de la escritura. Y digo en los últimos años porque no me recuerdo en los años infantiles lindantes con la adolescencia o en la adolescencia misma preocupada del por qué sí o del por qué no de la poesía. Entonces la poesía –y la escritura en general– era una casa hospitalaria y amable, un cuarto de juegos sin trampas ni rencores donde las musas a veces correteaban y otras estaban de vacaciones, pero donde no había angustia ni reproches, aunque sí deseo y la pequeña miseria utilitaria de pretender amarrar un amor casquivano e iletrado al que poco o nada conmovía el temblor cursi y sincero de unos versos.

Ignoro si la primera intención de mi escritura fue tan pragmática como ahora quiero recordar, lo que sí está claro es que al menos sí lo fue la consecuencia, aunque tampoco ligara más ni me quisieran más por escribir en sílabas contadas como he oído decir a otros escritores –escribo para que me quieran (¿?)– sino que a veces había incluso que disimular que se es capaz de escribir para no levantar recelos, envidias o sospechas, pues entonces –y en algunos sectores todavía ahora–, una mujer escritora era alguien entre varonil y peligrosa, invasora de parcelas secularmente destinadas a los varones y desertora del silencio impuesto a su género,

simbolizado en las habilidades de la aguja. La voz de las mujeres entre el susurro y el bisbiseo, en sordina. En privado. Eso o el silencio.

Y ahí es donde aún de una manera inconsciente creo reconocer la funcionalidad inicial, primero de la lectura y de la escritura después. Lo mismo que M^a de Zayas rechazaba en el siglo XVII:

“Por tenernos sujetas desde que nacimos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas y por libros almohadillas.”

En mi caso, ciudadana de un pueblo de la campiña cordobesa, heredera de las trabas ancestrales adjudicadas a las mujeres por razón de sexo, heredera de la misma aguja que denunciaba M^a de Zayas, Rosalía de Castro o que tan vivamente encomiaba la Sección Femenina, fui sustituyendo el bastidor por el libro, la aguja por la pluma y el ordenador, en una actividad jubilosa, atolondrada y sin retorno.

Después, fuera ya del pueblo, matriculada en la universidad y cursando una carrera sobre la propia lengua y la literatura, conquistados los derechos al aprendizaje y al ejercicio de una profesión deseada, la escritura pasó a un plano absolutamente secundario, sobre todo al conocer y al profundizar en los maestros y en algunas maestras que nos llegaban como lectores voraces que fuimos con veintitantos años. Pero nada de escritura. Si bien la lectura continuaba siendo una enfermedad contagiosa la escritura parecía más que adormecida, desterrada, quizás enterrada.

Pero volvió. Con más de treinta años volví a escribir de manera alucinada, febril, onanista, viciosa y excluyente. En parte con la pasión que da el conocimiento de lo que se ha estado estudiando y anhelando durante mucho tiempo, pero sobre todo con la pasión que da el deseo, la necesidad de expresión y la búsqueda de conocimiento. La búsqueda del interlocutor y la

intención comunicativa llegarían después. La ansiedad y la angustia también. La duda y la insatisfacción, el deseo de escapar –inútil– algo más tarde.

Llegada a la edad adulta –o eso creo– amarrada al severo mástil de la escritura han sido muchos los momentos en los que me ha asaltado no la duda metódica de tanta sinrazón sino la lucha agónica de quien tiene la certeza de que ha de escapar de un extraño fantasma que acaba por hacer las maletas y sacar billete en el mismo vagón en el que has soñado con huir para siempre.

Aceptando la escritura como el vicio solitario al que Gil de Biedma se refiriera, el poeta va construyendo su yo sobre adobes éticos y estéticos que sirven a su propósito de construcción biográfica. Lo que empieza en la soledad de la trastienda necesita trascender para configurarse en el escaparate de la realidad. El escritor, la escritora tantea. Escribe a ciegas y a ciegas construye un poema, un cuento..., una identidad. El onanismo es una técnica y un arte y de ambos necesita. El yo, en tanto que representación parcial del sujeto diseña cuidadosamente su arquitectura y su geografía en el acto onanista más sublime que pueda concebirse: la escritura, entendida como deseo y apropiación de lo soñado, como culminación y realidad de lo que previamente se ha constituido en lo más intrincados desvanes de la mente.

La escritura y el onanismo son “trabajos de amor” que necesitan en esencia de soledad para materializarse. No reclaman más música ni más voces que las proporcionadas por la imaginación, por la memoria y por el deseo, inefable siempre. La escritura, como el onanismo, es un acto narcisista de amor con uno mismo, con una misma, una cópula íntima y secreta que por otra parte reclama una faceta exhibicionista: la de la publicación, la búsqueda del interlocutor. Y es ahí donde la masturbación se

convierte en cópula, en comunión sagrada con el otro, con la otra, con lo otro; con lo que nos es ajeno siendo propio a la vez.

Pero al igual que el lector tiene la posibilidad de cerrar el libro y asesinar o adormecer o callar al escritor, el propio escritor tiene –como no– la facultad de autoinmolarse, de amordazarse o de liberarse, según se mire.

Porque, verdaderamente, la satisfacción narcisista que procura el hecho de escribir y sobre todo el de comunicar con los lectores –como explica Castilla del Pino–, ¿justifica todo una vida de renunciadas, de obsesiones? Es a responder a esa pregunta a la que me he dedicado en los últimos años en varios libros, pero sobre todo en *Otra vez Barleby*, donde al igual que el escribiente de Melville afirmo muy sinceramente ante la llamada de las musas que “preferiría no hacerlo”.

Indagando, desesperándome, ilusionándome, asegurándome y asegurando a quien quisiera escucharme que abandonaba para siempre, así he vivido estos años: “celebrando a la bestia hocicuda / que husmea en lo caliente de mi carne”; volviendo a caer y a recaer una vez más en el viejo vicio, solitario o no.

Ahora no sé. Es posible que el placer supere al dolor, que la sutura narcisista consuele la herida. Una herida que no acaba de cerrarse y que, a lo sumo, cierra en falso.

Mientras tanto algunos versos:

FREUD ME NIEGA UNA EXPLICACIÓN

Buscando de mi musa la raíz
visité la consulta de un experto.
Indagó la secreta cicatriz
de la infancia, el despecho... Algún entuerto.

Un folio en blanco dibujó el cariz,
sin trauma oculto que abonara el huerto.
- Es preciso indagar algún desliz.
Dijo, disimulando el desconcierto.

Han pasado los años. No hay respuesta
oficial a tanta herida. Locura
me parece. Extravagante apuesta:

vivir para meter verso en cintura,
bailar al son de semejante orquesta.
¡Y por contradicción llamar ventura!

Inédito

Preferiría no hacerlo.
Bartleby el escribiente.

Herman Melville

**Ha sido la palabra tu enemigo:
Por ella de estar vivo te olvidaste.**

Como quien espera el alba
Luis Cernuda

Bartleby

Como tú, cabezota, indiferente, idiota de novela.
Como tú, conservando el hedor de la tinta entre
los dedos.

Como tú que te escondes detrás de los biombos
y no estás para nadie.

A quien miran como un bicho raro y con razón.
A quien critican a escondidas con su afilada
lengua las comadres.

Como tú hombre oscuro durmiendo en tu fracaso,
afeitándote en el sombrío metro cuadrado
del dislate.

Como tú que escribes con el convencimiento que
te da el oficio.

Hombre metáfora de bozal roído. Paradoja de
humillada cerviz y rebeldía. Símbolo ajeno
de la indiferencia.

También yo como tú
soy escribiente
sumisa de las musas de sonrisa cariada y
pus en las encías.

También yo como tú me aplico a la tiranía del
jornal, a la labor del mercenario, a los dictados
de la ramera.

Sufro la denominación de los halógenos, el cáncer
rencoroso de la sintaxis.

Afilo la punta de mis lápices y escribo. Apenas
un bocado para calmar el hambre,
insatisfecha siempre de pulpa de palabras.

También yo como tú habito mi oficina interior,
el espacio obsesivo de la línea y sus
ondulaciones. Duermo sin esperanza y me

levanto.
En circulo vital vivo y escribo.

Nunca a nadie lo dije, pero... también yo,
oh Bartleby,
preferiría no hacerlo.

Diagnosis

He sufrido por ti la escarlatina. El crujir de los
huesos cuando crecen.
He sufrido contigo la difteria, la malaria mortal
de quien lame una piedra en busca de
alimento.

Me has contagiado tus peores males.

He expiado por ti el sarampión del amor que
comienza, la artrosis voraz de la rutina.
Escorbuto de sed son tus abrazos mientras bebo
tus labios de vitamina 12.

He sufrido el dolor y la tregua.

Te he tomado con los dientes amargos con que se
muerde la aspirina.

He sufrido del corazón y las arterias, inmunode-
ficiencia de ti, de tu tortura.

Me han provocado otitis tus argucias y rinitis tu
peste de perro vagabundo. Taquicardia y
dolores de entuerto tu semilla feraz, la
esquina de la búsqueda.

Todo eso he sufrido por ti.

Todo,
menos alergia.

Liturgia

Como el que echa sal y vinagre en las heridas.

Así he vivido yo.

Observando los años, esperando el momento, la
definición exacta de los sueños, el permiso
de la gramática.

La fuente ignora la causa de su don y su avaricia
es mostrarnos un agua sin sed y sin fracaso.
Su trato familiar con las ruinas la reviste de
cierta autoridad ante la historia.

Así he vivido yo.

Ignorando la fuente, amarrando los mástiles,
abrazando las velas. En la ensenada turbia,
esperando vocablos, alimentando frases,
abriendo las arterias para el surco, la
semilla de un verso.

Insatisfecha siempre, pero no arrepentida.

Con la fe remendada en un solo propósito, en la
breve fisura del cálamo o el guiño luminoso
en la pantalla.

Celebrando a la bestia hocicuda que husmea en lo
caliente de mi carne.

Deber cumplido

Hiciste bien.

Bien cuando le diste la llave de tu casa.
Bien cuando le quitaste las escamas, la
repugnante roña de los advenedizos. Bien
cuando chupaste su pulpa comestible, el
manjar flatulento de su perímetro craneal.

Hiciste bien cuando la sacaste de paseo, cuando la
llevabas con orgullo del brazo por barrios
de torcida geometría. Cuando soñabas con
ella y la sabías entre tus sábanas.

Soportaste que levantara la carne de tus uñas por
el puro placer de su entretenimiento.
Sonreíste cuando escribía sobre tu espalda el
jeroglífico indescifrable de su capricho. Te
entregaste por la oscura promesa de
palabras y signos.

Pero lo hiciste aún mejor, ya lo recuerdas, el día
en que cerraste las ventanas para no oír sus
gritos de comadreja vieja, su lengua
viperina.

Lo hiciste bien cuando le mordiste la cara y la
expulsaste de tu casa, cuando no le creíste
sus llantos de aquelarre.

Lo hiciste bien cuando la echaste para siempre de
tu vida. Bien cuando volvió y no la oíste.

Pero te fuiste mejorando.

Lo hiciste aún mejor cuando la degollaste y la
tiraste al río, una piedra colgando a su
cintura.

Ahora vives en paz, ya sin palabra.